

municacion con tales gentes eran la ruina de las almas. Arrojó vergonrosamente de su montaña á algunos Arrianos que se habian atrevido á ir allá y cuya impiedad reconoció muy pronto.

Habiendo algunos de esta secta hecho correr el rumor de que él pensaba como ellos, el Santo, cuya humildad habria sufrido en silencio cualquiera otra calumnia, se admiró de su descaro y, animado de una santa cólera contra esta falsedad, en la que la gloria de Jesucristo estaba más interesada que la suya, fué á Alejandria, á instancias de los obispos ortodoxos, y allí combatió públicamente á los Arrianos, exhortando á los fieles á no tener con ellos comercio alguno y diciendo que no se diferenciaban de los paganos y que todas las criaturas se levantaban contra ellos porque igualaban en su rango al que las habia criado.

Su presencia en esta ciudad hizo un maravilloso efecto sobre el corazon de los pueblos. Estos estaban llenos de gozo al oírle pronunciar anatema contra la heregia. Todos se afanaban por verle. Los mismos sacerdotes de los paganos iban á la iglesia, solicitando hablar con el hombre de Dios, pues de esta manera le llamaban. Hizo allí muchos prodigios; y San Atanasio certifica que en el corto tiempo que permanecio en aquel lugar, se convirtieron á la fe más infieles de lo que se habian convertido antes durante todo un año.

Vió tambien allí á Dídimo, aquel celebre ciego que, aun cuando habia perdido la vista desde la edad de cuatro años, se habia impuesto mucho en toda clase de ciencias¹ y era entonces muy apreciado de los prelados católicos, á causa de la pureza de su fe. Antonio le preguntó en una conversacion familiar si tenia pesar por la pérdida de la vista. Dídimo tenia alguna vergüenza de confesarlo,

¹ Más tarde cayó en los errores de Orígenes.

pero, instándole á que le respondiese, confesó que tenia de ello pena; con lo cual le replicó: « Yo estraño que un hombre tan juicioso como vos, eche á menos unos ojos que nos son comunes con las moscas, hormigas é insectos y que no se regocije más bien de poseer la luz de los apóstoles y de los santos. Mucho más vale, añadió él, ser esclarecido en el espíritu que en el cuerpo, y tener esos ojos espirituales que no están oscurecidos con las manchas del pecado, que tener estos ojos de carne, una sola mirada de los cuales puede precipitar á un hombre en los infiernos. »

Capítulo IV.

Antonio, habiendo dado en Alejandria un testimonio tan brillante de la divinidad de Jesucristo, emprendió nuevamente el camino de su montaña, en donde fué otra vez buscado por una infinidad de gente. Sus prodigios y virtudes atraian allí á tantos que, para facilitar el viage á aquel desierto en el que faltaba el agua, un diácono de Afrodites, llamado Baisan, se resolvió a alquilar camellos, para conducir allí en menos tiempo á los que querian ir á ver al santo solitario.

El orgullo de la filosofia pagana cedió en este punto á la curiosidad y fué confundido por la sabiduria de Antonio. Porque aun cuando él no habia aprendido las letras humanas, su prudencia y la viveza de su espíritu y sobre todo aquellas luces sobrenaturales que recibia por la contemplacion de la verdad eterna, suplian este estudio con ventaja.

Dos filósofos griegos hicieron la experiencia de esto. Habian ido á su montaña con el designio de sorprenderle; pero él les reconoció de lejos, salióles al encuentro y les dijo: « ¿ Porqué ¡ oh filósofos ! os habeis molestado tanto para ver á un insensato ? » Respondieronle que no le creian tal, y que más bien estaban persuadidos de su sabi-

duria. Pero Antonio, que preveia su respuesta, se adelantó casi á ellos y pronto les condujo á su fin con lo que les dijo : « Si vosotros, pues, creéis que soy sabio, debéis imitar mi sabiduría ; porque hay que imitar lo que se estima. Y así como si yo hubiese ido à buscaros, os creeríais con derecho de exigir que yo siguiese vuestro ejemplo, vosotros debéis ahora seguir el mio haciéndoos cristianos, ya que venís á mi como á un hombre sabio. « La historia no dice si ellos siguieron un tan saludable aviso ; pero hace notar que admiraron la sutileza de su ingenio.

Del mismo modo cerró la boca á algunos sofistas que osaron hacer mofa delante de él del culto que tributamos á la santa Cruz :

« ¿ Qué cosa, les dijo él, es mas razonable : reverenciar á una cruz ó reconocer que aquellos á quienes dais el nombre de dioses han cometido adulterios y otros abominables crímenes ? Porque esta cruz que honramos es un símbolo de generosidad y de valor, pues es una prueba indudable del desprecio de la muerte ; mientras que lo que vosotros atribuis á vuestros dioses, son símbolos de un desdichado derbordamiento en toda clase de vicios. ¿ Qué cosa es más razonable : decir que el Verbo de Dios, que no está sugeto á cambio, sino que es siempre el mismo, tomó un cuerpo humano para la salud y felicidad de los hombres, á fin de que por la comunicacion de la naturaleza divina con la humana, hiciese á los hombres participes de una naturaleza divina y espiritual, ó bien pretender que una divinidad sea semejante á animales, y adorar por esta causa á brutos, serpientes y figuras de hombres ? Porque tales son los actos de religion de los que entre vosotros pasan por sabios. Y ¿ cómo teneis atrevimiento de burlaros de nosotros, porque decimos que Jesucristo apareció sobre la tierra como un hombre, vosotros que defendéis que habiendo sido las almas sacadas de la propia sustancia de Dios, como partes

de la sabiduría divina, cayeron en el pecado y que en seguida descendieron á los cuerpos desde lo más alto del cielo ? Pero aun seria de desear que creyeráis que solo vienen ellas á cuerpos humanos y que no pasan á los de las bestias y serpientes. Porque nuestra fe nos enseña que Jesucristo vino para la salud de los hombres, y vosotros, por un grande error, decís que el alma es increada. Así que nosotros atribuimos á la Providencia lo que es decoroso á su poder y amor para con los hombres, sabiendo que en esto nada hay imposible para Dios ; pero vosotros, por el contrario, vosotros que en vuestras fábulas, haciendo al alma semejante á la sabiduría divina y de la misma naturaleza que ella, la consideráis capaz de caer y sujeta á cambio, haceis también á la sabiduría divina sujeta á mudanza ; porque lo que conviene á una cosa que es imagen de otra por la comunicacion de la misma naturaleza, debe también convenir á aquella cuya imagen es. Pues, si teneis estos sentimientos de la sabiduría divina, considerad cuáles son vuestras blasfemias contra el Padre, autor y principio de la sabiduría.

« Y en cuanto á lo que se refiere á la cruz ¿ qué cosa diríais ser más digna de elogio : lo que hizo Jesucristo cuando siendo atacado por los artificios y falsas acusaciones de los malos, se resolvió á sufrir la muerte de cruz, sin que su espíritu se acobardara con el temor de un tan cruel suplicio, ó bien lo que vosotros nos contais en vuestras fábulas de los errores de Isis y Osiris, de los lazos de Tifon, de la fuga de Saturno, de su crueldad en devorar á sus hijos y de sus parricidios ? Pues á esto se reduce vuestra sabiduría. Pero ¿ cómo, burlandóos de la cruz, no admiráis la resurreccion, ya que los mismos que han hablado de lo uno han escrito también de lo otro ? ¿ O porqué, discurrendo así de la cruz, nada decís de los muertos que han sido resucitados, de los ciegos que han recobrado la

vista, de los paralíticos y leprosos que han sido curados, de los que han andado á pié enjuto sobre el mar y de tantos otros milagros que demuestran que Jesucristo no era solamente hombre sino tambien Dios? Se me figura que en esto os haceis poco favor á vosotros mismos, porque parece que nõ hayais leído sinceramente y de buena fe nuestras Escrituras. Leedlas, pues, y considerad que las mismas cosas que Jesucristo con su venida al mundo ha hecho para la salud de los hombres, dan tambien á conocer que es Dios.

« Decidme, os ruego, por vuestra parte, ¿ cuáles son las acciones de vuestros dioses? Pero ¿ qué podréis decirme de esas bestias brutas sino cosas brutales y crueles? Y si me respondeis que no hablais de esto más que como de fábulas, y que en estas alegorias, Proserpina representa la tierra, Vulcano el fuego, Juno el aire, Apolo el sol, Diana la luna y Neptuno el mar, no dais sin embargo un mayor honor á Dios; sino que, al contrario, adorais á criaturas en vez de adorar al Criador. Que si la hermosura de las criaturas os ha inducido á inventar todas estas cosas, deberiais contentaros con admirarlas sin ponerlas en el número de los dioses y sin tributar de este modo á las obras el honor que solo se debe al divino Hacedor que las ha formado; puesto que por esta razon podriais tambien atribuir á un palacio la estima que solo perteneciera al arquitecto que lo edificó, y á un soldado el respeto que solo fuese debido al general del ejército. ¿ Qué respondeis, pues, á esto para hacernos ver que la cruz es digna de desprecio é irrisión? »

No sabiendo estos filósofos qué responder y volviéndose de un lado à otro, Antonio se puso á sonreír y les dijo: « Estas cosas son tan claras que basta considerarlas para convencerse de ellas. Pero, ya que vosotros os apoyais principalmente en las demostraciones y que, haciendo profesion de esta ciencia, no quereis siquiera adorar á Dios, si

á ello no estais obligados por argumentos y pruebas, decidme ¿ cómo una cosa cualquiera, y sobre todo el conocimiento de un Dios, puede adquirirse mejor: por demostracion ó por operacion de la fe? ¿ Y cuál precede: la fe por la obra, ó la demostracion por razones? »

A lo cual respondiendo estos filósofos que la operacion por la fe precedia y que ella era la que daba un conocimiento cierto, les dijo Antonio: « Habeis respondido bien porque la fe procede de la operacion del alma; mientras que la dialéctica no procede más que del arte de los que la inventaron. Y asi las personas que tienen una fe firme, no solamente no tienen necesidad de la demostracion de las razones sino que ella les es del todo inutil. Lo que hace que vosotros trabajais por establecer con razones lo que nosotros conocemos muy bien por medio de la fe y que, frecuentemente, ni siquiera podeis explicar con palabras las cosas que nosotros con mucha facilidad concebimos, porque la operacion de la fe es mucho más fuerte que todos vuestros sofisticos argumentos.

« Asi que nosotros, cristianos, no establecemos nuestros misterios sobre la sabiduria de los razonamientos de los Griegos, sino sobre el poder de la fe que nos es dado de Dios por Jesucristo. Y para haceros conocer que lo que digo es verdadero, ya veis que aun cuando nosotros ignoremos las letras, no dejamos de creer en Dios, mientras juzgamos por lo que él ha hecho, cuán grande es su providencia en todas las cosas. Y para testificaros cuán poderosa es nuestra fe, solo nos apoyamos por ella en Jesucristo; mientras que vosotros os apoyais en contestaciones de sofistas. La adoracion de vuestros fantásticos idolos empieza á debilitarse entre vosotros, al paso que nuestra fe se difunde por todas partes. Con todos vuestros silogismos, no podeis persuadir á una sola persona que pase del cristianismo al paganismo; y nosotros, enseñando á creer en Je-

sucristo, arruinamos toda vuestra supersticion, reconociendo cada uno que Jesucristo es Dios y el Hijo de Dios, sin que todas vuestras ficciones y fábulas puedan impedir á los hombres de ser instruidos en la doctrina de los cristianos. Al solo nombre de Jesucristo crucificado, ponemos en fuga á los demonios á quienes adorais como á dioses; y cuando se hace la señal de la cruz, la magia pierde toda su fuerza y el veneno su poder de dañar. Porque, decidme, os ruego, ¿ dónde están ahora vuestros oráculos? ¿ dónde aquellos hechizos de los Egipcios? ¿ dónde aquellos espectros que hacian ver vuestros encantadores? Y ¿ cuándo ha sido que todas estas cosas han cesado y perdido su fuerza, sino cuando se ha visto aparecer la cruz de Jesucristo? ¿ Es, pues, digna de burla? ¿ y las cosas que ella ha abolido y cuya debilidad ha hecho ver, son más dignas de desprecio?

« Pero lo que es todavía más admirable, nadie persigue vuestra religion; ella es honrada entre vosotros en todas las ciudades. Los cristianos, al contrario, son perseguidos, y nuestra religion no deja, sin embargo, de florecer y crecer con perjuicio de la vuestra. Las adoraciones que tributais á los ídolos, aunque acompañadas de las aclamaciones de los pueblos, y como amparadas por todas partes, no dejan de debilitarse de dia en dia; y, por el contrario, la fe que nosotros tenemos en Jesucristo, y la doctrina de la Iglesia católica, aun cuando ella pase por ridicula entre vosotros, y que haya sido frecuentemente perseguida por los emperadores, se ha extendido ya por toda la tierra. ¿ Cuándo se ha visto jamás relucir tanto el conocimiento de Dios, elevarse á un tan alto punto la templanza y la castidad, y haberse hecho la muerte tan despreciable, sino despues que la cruz de Jesucristo ha empezado á aparecer en el mundo? Ahora bien; ¿ quién puede dudar de esto, al ver en la Iglesia á tantos mártires hacer tan poco caso de la

muerte por el amor que tienen á Jesucristo, y á tantas vírgenes que, inflamadas en este mismo amor, conservan sus cuerpos tan puros y castos? ¿ No son estas señales invencibles para hacer conocer que la fe en Jesucristo es la sola verdadera fe, para honrar á Dios como debe ser honrado? ¿ Y no dais prueba de no tener fe, puesto que, para apoyar vuestra creencia, solo recorreis á los argumentos? Pero nosotros, al revés, segun lo que ha dicho nuestro Maestro, no nos apoyamos en las persuasiones de la humana sabiduria, sino que persuadimos por la fe, que precede manifiestamente á todo ese aparato y á toda esa investigacion de discursos y palabras. Ved ahí algunas personas atormentadas por los demonios (habia algunas que habian venido á él con este objeto; púsose en medio de ellas y prosiguió asi): Curadlas con vuestros silogismos ó con cualquier otro medio que os plazca, aun cuando sea por la magia, invocando á los ídolos. Y si no lo podeis lograr, cesad de disputar contra nosotros y vereis cuán grande es el poder de la cruz de Jesucristo. »

Habiendo hablado asi, invocó á Jesucristo é hizo por tres veces la señal de la cruz sobre estos posesos, quienes, habiendo quedado inmediatamente libres, se levantaron con un espiritu tranquilo y dieron por ello gracias á Nuestro Señor. Estos filósofos quedaron verdaderamente conmovidos de la sabiduria de Antonio y del milagro que acababa de obrar. Y les dijo: ¿ porqué os admirais? No somos nosotros quienes hemos hecho este milagro, sino Jesucristo quien lo ha hecho y que tantos ha hecho por medio de los que en él creen. Creed, pues, en él, y conoceréis que no obramos por la ciencia de las palabras sino por la fe en Jesucristo acompañada de la caridad, de la que si sois tan amantes, no buscareis más estas demostraciones de palabras, sino que os convencereis de que las mias bastan para determinaros á creer en Jesucristo. Esto mismo les dejó admirados; y asi,

despues de haberse despedido de él, se retiraron confesando que se habian aprovechado mucho de haberle visto.

No era solamente el pueblo el que respetaba la virtud de Antonio, sino que su nombre se hizo célebre en la corte de los príncipes. El emperador Constantino el Grande y sus dos hijos le escribieron como á su padre y mostraron gran deseo de recibir sus respuestas. Él queria esquivar esto ; pero habiéndole representado los solitarios que los emperadores eran cristianos, y que quizás se darian por ofendidos de su silencio, les escribió que se regocijaba de que adorasen á Jesucristo, exhortóles á no hacer tanto caso de su dignidad que olvidasen que eran hombres. Recomendóles usar de clemencia y humanidad, hacer justicia á todos, asistir á los pobres y acordarse que Jesucristo es el solo rey verdadero y eterno.

Con ocasion de las cartas del emperador, hizo una pequeña exhortacion á sus discípulos que muestra cuán poco pagado estaba él de los honores de este mundo. « Los reyes de la tierra nos han escrito, les decia, pero ¿ qué debe parecer esto á un cristiano? Porque, aun cuando su dignidad les levanta sobre los demás, el nacimiento y la muerte les hacen iguales á todos. Lo que debe admirarnos más é inspirarnos un tierno afecto á Dios, es que este divino Maestro ha escrito una ley para los hombres y que tambien les ha hablado por medio de su propio Hijo ».

El resto de su conducta respondia en todas ocasiones á este perfecto desapego de los honores del siglo. Dios se complacia en hacerle célebre por medio de un sinnúmero de prodigios. Todos, grandes y pequeños, sabios y sencillos le buscaban, le admiraban y respetaban sobremanera. Los más santos personajes de su tiempo, San Atanasio, San Pacomio, San Ammon de Nitria, San Hilarion y tantos otros eran ó alumnos suyos, ó estaban unidos á él con la más tierna caridad ; y entre tantas señales de distincion, no

se levantó jamás en su corazon sentimiento alguno de vana complacencia ; no mostró jamás deseos del comercio con los hombres ; fué de dia en dia más dulce, más afable, más bienhechor, y sobre todo más humilde.

Respetaba singularmente á todos los eclesiásticos aun á los más sencillos clérigos. Bajaba humildemente la cabeza ante los obispos y sacerdotes para pedirles la bendicion. Si alguno de ellos iba a verle para alguna cosa que necesitase, despues de haber hecho lo que de él deseaba, rogábale que le instruyera en las cosas espirituales, no desdeñándose de aprender, y confesando que estas instrucciones le eran muy útiles.

Su paciencia era inalterable ; la paz de su alma aparecia en su rostro por una dulce serenidad y una maravillosa gracia que hacia que los que jamás le habian visto, le reconocian inmediatamente y le distinguian con facilidad de los otros hermanos cuando estaba en su compañía. Habia tres solitarios que todos los años iban á verle ; dos de ellos le pedian avisos para la salud de su alma, y el tercero jamás decia nada. Observólo el santo y preguntóle la causa de ello : Padre mio, respondió este religioso, es que para mi es bastante el veros.

Su zelo nada tenia de amargo y siempre se inclinaba á la indulgencia, cuando podia esperar alguna enmienda. Habiendo un hermano cometido una falta en cierto monasterio, y habiendo sido reprendido demasiado ágricamente, fuése á encontrar á San Antonio. Los otros le siguieron y le acusaron de la falta delante del santo con mucho calor. El acusado sostenia que no la habia cometido. Más parecia aquello una viva contienda que una accion de caridad por una y otra parte. San Pafnucio, por sobrenombre Céfalo se hallaba alli presente y, viendo la indiscrecion del zelo de los acusadores, les dijo esta parábola : « Yo he visto á orillas del rio á un hombre que estaba metido en el barro hasta